



LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando,

unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapice-

ría ó de Crochét. Precio de la suscripción 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO. = *Advertencia.* = *El mes de Noviembre, por D. Francisco Flores Arenas.* = *Esto y aquello, por D. Fernando Martinez Pedrosa.* = *Rugier de Auriga, novela original por Doña Felicitas Asin de Carrillo.* = *Cuando nació la princesa, por D. Antonio de Trueba.* = *Correspondencia.* = *Geroglífico.*

ADVERTENCIA.

A pesar de nuestros esfuerzos no nos ha sido aun posible dar en el presente domingo el cuaderno del mes.

Sobre esto debemos una satisfaccion á nuestros suscritores.

El vapor *Balear*, segun ya tenemos dicho, traia los figurines que con el número correspondiente debieron de repartirse; pero una avería del buque le hizo detener en Valencia, trasladando á otro la parte de su cargamento procedente de puertos españoles; pero no pudiendo hacerlo de la de puntos extranjeros por estar así mandado. Tenemos entendido que esta avería era de fácil y pronto remedio; mas la empresa ha aprovechado esta circunstancia para hacer en el vapor diferentes obras que no eran de urgencia, sin tener en cuenta que semejante demora era en gravísimo perjuicio de los interesados en aquellos efectos que no podia trasbordar.

Por parte nuestra no hubo imprevision ni falta de cálculo. Los figurines tienen su oportunidad: los mas recientes son los mejores, y especialmente en un cambio de estacion, que ha de traer por fuerza cambio en las modas. Por eso, segun nuestro en-

NOVIEMBRE.

cargo, se nos remiten calculando el tiempo estrictamente necesario para que lleguen en el momento del reparto. No ha sido pues culpa nuestra si ha habido una detencion que no debió prolongarse de modo alguno hasta ahora.

En su consecuencia, no solo hemos hecho enérgicas reclamaciones, sino que hemos pedido que por quien haya lugar se nos subsanen daños y perjuicios, con el fin de subsanar nosotros á nuestra vez, en el modo que juzguemos posible, el que experimentan nuestros suscritores, á los que rogamos tengan en cuenta las anteriores esplicaciones, así como que es la primera vez que tal acontece, y esperamos sea la última.

EL MES DE NOVIEMBRE.

„Dichoso mes, dice una espresion vulgar, que entra con Todos Santos y sale con San Andrés.“

Es un hecho que así entra y que así sale. Falta probar el que por esto ó por otras cosas sea tan dichoso como allí se dice.

Lo primero que echamos de ver en Noviembre es que su nombre es una mentira. Quiere decir noveno, y es undécimo. Tuvo ese número en el calendario instituido por Rómulo, y se ha respetado aquella nomenclatura por lo mismo que llegó á ser absurda. Eso sucede siempre.

En cuanto á lo eclesiástico, este mes se inaugura con doble de campanas y con oficio de difuntos. En él se verifican todas las novenas de ánimas. Es un mes triste y enlutado como suele estarlo su cielo.

En cuanto á la época del año en que tiene su sitio, representa la cesacion del agradable otoño y la llegada del invierno; y como no es ya aquello ni es esto todavía, presenta las desventajas de los dos y no posee las ventajas de ninguno de ellos. No se ven en él aun aquellas dulces mañanas de sol que convidan á los paseos, ni aquellas reuniones nocturnas al templado calor de un gabinete, ni aquellos bailes donde en el agitado movimiento de una polka busca la juventud uno de sus mas preciados placeres. Noviembre no se los da nunca, ó al menos no acostumbra nunca á dárseles. Las tardes no existen propiamente hablando; las noches son húmedas y desapacibles cuando no tempestuosas; el sol ofende todavía á ciertas horas; sobre todo, no es costumbre pasear. Nadie por tanto pasea. Es menester aguardar á Diciembre. Noviembre no da juego.

En cuanto á lo legal, el mes en cuestion entra con elecciones siempre. Esto nos recuerda aquellos versos de *El Dómine Lucas* de Cañizares:

"Y ya entra descomulgando
cláusula que entra pidiendo."

No sabemos si tal circunstancia hará parte de las dichas del mes. Si las hay, serán para los elegidos; aunque nosotros, visto el ardor con que tantos se lanzan á la pelea, entendemos que debe de haber cierta fruicion para los candidatos hasta en los martirios de la incertidumbre. Por eso debieran decir á los electores:

Te martirum candidatus laudat exercitus.

Este mes, en fin, acaba de despojar á los árboles de sus hojas; los campos están yermos y tristes; los aquilones comienzan á rugir; las nubes se degajan; las lluvias encharcan los caminos; los correos no llegan; los temporales impiden la pesca, las tajadas del freidor, providencia del pobre, se adelgazan fabulosamente hasta convertirse en obleas ó en ruedas de salchichon de fonda, y la carne de vaca sube en el mercado. Esto último es un hecho histórico y reciente. Hoy está á cincuenta y dos cuartos libra, y plegue á Dios que se quede ahí.

Todas estas son consecuencias naturales de este mes, como prólogo del invierno; prólogo que, á la manera de lo que acontece en los dramas, suele ser peor que el drama mismo.

Espuestas las anteriores generalidades, bien es que por via de aplicacion digamos algo de las pocas cosas acacidas en lo no mucho que

va trascurrido de Noviembre, y cátennos nuestros lectores metidos en la tarea de una revista local.

Principiemos por los espectáculos públicos.

El Circo ecuestre ha sido la víctima natural de las turbonadas de estos días. Sus aficionados, antes de poner la proa á las Barquillas de Lope y antes de engolfarse en los piélagos de lodo de los arrabales de la Caleta, observan el barómetro, consultan la direccion de los vientos, siguen á las nubes en su camino, y calculan por la mayor ó menor blandura de sus sombreros los grados de humedad de la atmósfera. Pero aun así y todo los chascos son tremendos y las consecuencias lamentables, segun vamos á ver.

Era la noche del sábado anterior, si mal no recordamos. Algunas estrellas brillaban en el zenit y sus alrededores, y esto bastó para que los que ya tenían el ánimo hecho de ir á la funcion del Circo se considerasen seguros de avería, al menos durante las horas que de ordinario se emplean en aquellos espectáculos. No fueron sin embargo muchos los espectadores. De los escarmentados nacen los avisados.

Y en efecto, algunas nubes que desde el principio de la noche habian comenzado á amontonarse en el horizonte, fueron poco á poco estendiéndose hasta cubrir enteramente el cielo. Un viento húmedo y desapacible empezó á dejarse sentir, y á eso de las diez ó poco mas copiosos aguaceros dieron la señal de alarma. Parte de la lluvia se remansaba en los pandos del toldo amenazando desgajarlo, y parte, cayendo por los huecos de sus junturas, inundaba el Circo, así en su arena como en sus localidades. Los espectadores, á dicha pocos segun llevamos espuesto, se agruparon confusamente, ora bajo los paraguas con que algunos iban prevenidos, y ora bajo las porciones no caladas aun del toldo; pero ni esta posicion era bastante cómoda para pasar por otra cosa que por interina, ni aquel lago, que tal era, permitia que se trabajase sobre caballos, y menos aun á pié. Se necesitaban botes, y no era cosa de traerlos á aquella hora del castillo de S. Sebastian.

La funcion, en efecto, no habia legalmente concluido. Faltaban algunos egercicios, y entre ellos el de la escalera, que es el que puede decirse habia atraído allí la mayor parte de aquel escaso público. ¿Pero cómo era posible pensar en escaleras cuando cada cual de los presentes necesitaba una para subirse en ella y no tener los piés en el agua?

Prescindióse pues de lo restante, dióse por terminada la funcion, y tomó la puerta el res-

petable y rara vez respetado público, sacudiéndose como los perros de aguas al salir de la idem.

Hemos omitido una circunstancia, grave siempre, y mas en aquellas alturas. Los aguaceros habian casi apagado las luces, no quedando sino la cantidad de ellas estrictamente necesaria para que se comprendiese todo el el horror de aquella situacion.

Pero una vez fuera, faltaba el rabo por desollar.

Desde allí hasta cualquier parte el trecho es largo, las calles que hay que atravesar tenebrosas y sucias. Si nó todas, las mas estaban completamente anegadas de acera á acera. Fué necesario que el sereno de la demarcacion se convirtiese en balisa viviente de aquellos escollos, y á la dudosa luz de su farol se pudo salir de allí con el agua á las rodillas, llegando cada cual á duras penas y como Dios le dió á entender á su casa.

Desde aquella noche, aun los mas impertérritos aficionados del Circo, cuando al llegar la hora de comenzar descubren en el cielo la mas ligera nubecilla toman la vuelta diciendo como el loco de Cervantes: *Guarda, que es podenco.*

El teatro del Balon, segun todas las trazas, parece que camina hácia una organizacion definitiva. Esto es lo que le habiamos aconsejado ya. Ha hecho la adquisicion del Sr. Rodés y de su hermana, lo que es ya un gran paso para la confección de sus futuras tareas.

Hoy por hoy siguen llamando al público la señorita Ramirez y la compañía coreográfica. Ha podido ya con sus nuevos elementos presentar funciones de mas importancia que hasta ahora. Da sus intermedios de bailes, sus piezas de canto, su triple racion de Juanita, y á la calle.

El Principal prepara á toda prisa *Los espóritos*, opereta italiana que hace años proporcionó muy buenos ratos á este público. Ahora se presenta de nuevo arreglada á nuestra escena por el Sr. Sanchez del Arco, persona muy competente y de quien hay derecho á esperar mucho. Algunas otras producciones la seguirán muy en breve. Estas son completamente nuevas aquí.

Mientras tanto se han egecutado *El dominó azul* y *La hija de la Providencia*. Aquella está demasiado vista y esta pareció ahora, lo mismo que en la anterior temporada, narcótica y soñolienta. Un corto terceto en el último acto, que es todo lo que en ella hay de vigor y de empeño, no es lo bastante para vivificar una producción tan larga, aunque este terceto sea egecutado como lo fué en el año

anterior por la señorita Ramirez y en este por la Sra. Solera. En ambas épocas se ha aplaudido mucho y se ha hecho repetir.

Esta última artista ha estado muy acertada en el desempeño de su papel en *El Dominó azul*. Dignidad, maneras, intencion, todo ha sido excelente. Se hizo repetir su duo con la señorita Barrejon.

Otro tanto sucedió con la romanza del Sr. Grau en la misma ópera. No le hemos oido cantar nada mejor. Cuando no trata de esforzarse es un tenor que agrada, porque el timbre de su voz es privilegiado.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

ESTO Y AQUELLO.

I.

Escribo estas líneas en la idea de si tengo ó no cabeza.

Sin embargo de que al asaltarme esta idea me he llevado la mano á la frente.

Sin embargo de que he sentido latir mis sienas y agitarse mi cérebro.

Porque al mismo tiempo ha palpitado con violencia mi corazon.

He oido decir que la cabeza es uno de los mas bellos adornos del hombre.

Sábida la naturaleza la ha colocado en la parte superior de su cuerpo, denotando la superioridad de que se halla dotada.

Ha querido que sea el receptáculo de las ideas.

El crisol de los pensamientos.

La aposentadora de las inspiraciones y la poesía.

El núcleo donde se mecen cual las auras, las ilusiones de la juventud.

Donde se agitan cual las olas los desengaños de la vejez.

Y la residencia de la imaginacion, perenne enemiga de la humanidad.

La cabeza es el caliz de la flor de nuestra vida.

El rocío la humedece, el cierzo la agosta, el calor la seca.

Es la rueda motriz que impulsa la máquina de nuestro cuerpo.

La cabeza, dicen que vale mas que el corazon.

Me ha cabido en suerte nacer y vivir en el siglo XIX.

Las cabezas de este siglo no guardan ana-

logía con las de los siglos hundidos en el pasado.

El libro ha matado el edificio.

El edificio de ayer es el corazón.

El libro de hoy es el entendimiento.

La profecía de Victor Hugo está cumplida; esto ha matado á aquello.

II.

En 1435, calentaron por primera vez los rayos del sol la cabeza del cardenal Jimenez de Cisneros, que despues habia de pensar en regenerar y engrandecer el pais á que pertenecía.

En el mismo año la providencia hizo brotar la de Cristóbal Colon, en la cual se habia de forjar la manera de mostrar al mundo la existencia de un continente desconocido.

Ambos á dos adelantaron en sus ideas civilizadoras por una fuerza superior que les conducia por la senda del bien, que les guiaba por el camino de la virtud.

Sus cabezas no eran un anacronismo en aquella época.

Pero la razon de sus presentidas conquistas fué la grandeza de su corazón.

El transcurso ha conservado las glorias; pero ha hecho desaparecer las huellas de aquellos varones insignes.

¿A dónde llegaron?

¿A dónde llegamos nosotros?

El entendimiento crea.

El hombre reproduce las creaciones del entendimiento.

La imprenta propaga.

La humanidad estudia.

El mundo se civiliza.

Y así en progresion ascendente, nuevos materiales preparan otras obras mas perfectas.

El talento se aprovecha de ellas, las comenta, las ilustra, las modifica, las embellece y se difunde la luz.

La cabeza es el móvil de estas operaciones innovadoras que enaltecen á la época de los adelantamientos.

Ay! pero en la cabeza se desarrollan tambien las ideas de egoismo, de envidia, de ambicion desalentada, de ingratitud.

La cabeza absorbe todo el jugo del corazón y le convierte en inculco erial sembrado de punzantes espinas y de maleza.

Los purísimos sentimientos del amor, de la virtud y de la gloria se ven marchitados en el corazón.

Para él la idea de la familia, de la ley, de la religion, de la patria, son sus arcanos.

La cabeza es quien le inspira, quien le co-

munica estas degeneradoras ideas.

Quien le mueve á escarnecer la conciencia.

Quien le sujeta al destino de la disipacion y del desórden.

¡Maldita sea la cabeza!

III.

Vosotros, para quienes la felicidad es una quimera y la conciencia un supuesto anatema. Para quienes las emanaciones del alma son una ilusion.

Utopistas modernos que fundais en la ciencia todas vuestras conquistas, en las bellas teorías todas vuestras glorias.

Pero que no os tomáis el trabajo de practicar las virtudes de que os hablan los libros.

Vosotros que *pretendeis con una flauta de años repetir la armonía de las esferas*.

¿Habeis sentido alguna vez latir vuestro corazón?

El corazón es la esencia del hombre, como el rocío es la esencia de la niebla, como el aroma es la esencia de las flores.

La esencia de la vida del hombre no se consume hasta que no rueda la última gota de sangre, que es la que humedece la planta del corazón.

Las purísimas emanaciones de esta planta no se marchitan nunca, viven con el alma, aun mas allá de la muerte.

Un corazón en que se albergan los sentimientos grandes y generosos de la virtud, es una eterna reliquia, guarnecida de blancas azucenas con que se adorna la frente del justo.

El corazón fué el que comunicó al mundo el primer soplo de caridad.

El que hizo brotar los laureles de la gloria del martirio.

El que cantó la fé y adoró la providencia.

El que alimenta á la esperanza.

El que conduce á la humanidad por la senda de la religion y del heroismo.

Corazón que inspiras al hombre y le identificas con la obra menos imperfecta de la creacion.

Corazón que rechazas la incontinencia de las malas pasiones.

Alivio de los que lloran.

Sibila de los que liban con exceso la esencia de los placeres.

Remordimiento de los malvados.

Bienaventuranza terrena de los virtuosos.

Galardon verdadero en el eterno día de las justicias y las recompensas.

Tú á quien adorna de incomparable brillo la ruda corteza de la ignorancia.

Que sin conocer la teoría de los deberes, los cumplas y los respetas.

Que observas la ley de Dios y perdonas las flaquezas de los hombres.

¡Bendito seas, corazón!

FERNANDO MARTINEZ PEDROSA.

RUGIER DE LAURIGA.

NOVELA ORIGINAL

POR

D.^a FELICITAS ASIN DE CARRILLO.

(CONTINUACION.)

—Os habeis rendido como á vos se os rindió Ceuta. Teníais miedo por ventura?

—Miedo! de qué?

—De ir solo.

—Siempre sin juicio.

—Pero siempre estimándoos, ¿quereis decirme para qué me llamábais?

—Os lo diré: despues que me dejásteis estuve pensando en un page á quien voy á despedir, porque su genio aturdido no cuadra bien con el mio; tal vez el vuestro seria otra cosa y ambos estaríais á las mil maravillas.

—¿Si, pues justamente llegais á tiempo; ningún page me dura ocho dias y ahora no llevo ninguno á mi servicio. Dicen que los hago rabiarse mucho y en esto no andan muy descaminados; yo soy bastante caprichoso, vizconde; á lo mejor les hago trasnochar y madrugar; los traigo de aquí para allá, como ánima que lleva el diablo, y hay noche que les obligo á rondar la calle en donde vive mi dama, á fin de que me digan si por el encerrado de su balcon se ve luz, con lo cual deduzco si duerme ó si vela. Ya veis si esto de estar á mi servicio es cosa que por nadie pueda ser apetecida.

Al concluir el jóven la frase, se escuchó una fuerte carcajada á dos pasos de distancia. Ambos interlocutores volvieron la cabeza y se encontraron con el supuesto pagecillo, que al parecer reía sin poder contenerse.

—Ya os lo dije, exclamó entonces Gilberto de Castelnovo dirigiéndose á D. Lope; este muchacho es un diablo tan enredador y tan travieso como vos; aquí lo teneis, podeis hacerme un favor especial apartándole de mi lado que yo no le vea mas.

Si la persona de quien se trataba no hubie-

se sido de un carácter impenetrable, de una resolucion tan firme y de una serenidad tan grande que no conocia límites, es seguro que en aquel momento se hubiera turbado su ánimo al sentir sobre sí la mirada fija y penetrante del jóven D. Lope de Haro, quien por esta vez pareció menos frívolo de lo que tenia de costumbre. Aquella hermosura un tanto varonil si se quiere, pero delicada y noble al mismo tiempo; aquellos ojos fascinadores, aquel talle tan fresco, aquellas manos, en fin, tan pequeñas y tan blancas que podian ser envidiadas por una reina, mas que al servidor de un anciano guerrero podian revelar la existencia de una dama. D. Lope sintió cruzar esta idea por su mente, y sin embargo tuvo que desecharla como un vano delirio. El page, alegre, jugueton, resuelto como un muchacho mal educado, permanecía delante de ellos desafiando todas sus miradas, y provocando al parecer las iras del anciano vizconde. Este que habia perdido un tanto de su aplomo viendo la insistencia con que el de Haro miraba al pretendido pagecillo, trató de fruncir el ceño y le dijo regañon en tono áspero.

—Sois el rapaz mas bellaco que he conocido en mi vida. ¿Quién os manda venir aquí sin mi permiso?

—Ya veis, contestó el page con desenfado; yo no puedo estar quieto ni podia permanecer solo en un pueblo donde todas las mujeres parecen Magdalenas, segun lo descalzas y desgrefiadas que van. Preferí seguirlos aun á riesgo de que me despidiéseis en el camino, pero á bien que si pierdo un dueño viejo y gruñon, me encuentro con otro jóven y bizarro.

—Tunante! gritó el de Castelnovo tan admirado de ver hasta el punto en que D.^a Ana rayaba en su ficcion como ganoso de reirse al verla representar su papel con tanta propiedad. El de Haro terció en esta simulada contienda, y dejando á un lado la sospecha que al ver á la jóven abrigara, se puso de su parte y dijo al vizconde.

—Tiene razon el muchacho, y á fé que su presencia me agrada. Si vos no estais contento con él y quiere venirse conmigo, á bien que ya sabe lo que yo suelo hacer con los que me rodean. ¿Te conviene entrar á mi servicio?

—Sí señor; estoy ya cansado de servir á estos vejestorios.

—Desvergonzado! volvió exclamar Castelnovo siguiendo la broma; si te cojo te he de cortar una oreja.

—Os guardareis bien, añadió D. Lope, de tocar á mi page; estais vencido por segunda vez; mas ahora que me acuerdo, prosiguió di-

rigiéndose á la disfrazada dama, creo que todavía no se ha pronunciado tu nombre ¿cómo te llamas?

—Ramiro, señor.

—¿Qué edad tienes? debes de ser muy joven.

—Diez y seis años.

—Eres un niño, pero no importa; como sepas complacerme prometo recompensarte así que sea señor de Vizcaya como lo es ahora mi padre.

—Me creo bastante recompensado solo con ir á Castilla.

—¿No has estado nunca?

—Nunca.

—Pues mira, no deja de tener atractivos, especialmente por algunos puntos á donde tenemos que ir. Pueblo hay que parece un cementerio y hasta la capital tiene calles como tumbas con unos guijaros que se meten por el alma.

No importa; tengo deseos de viajar y casi estuve tentado de marcharme con aquel escudero que venia en la comitiva de la reina, y que al parecer es un noble de Navarra.

—Montalvo?

—Sí, señor vizconde; yo ignoraba entonces su nombre, pero nunca pude suponer que fuese un escudero como él decia. ¿Sabeis si ha vuelto ya á su país?

—Sí, dijo el vizconde.

—Lo siento.

—Qué! estais arrepentido de no haberos ido con él, tunante?

—No señor; sino que soy muy curioso y hubiera querido averiguar quien era.

—Pues á mi servicio tienes que estar ciego, sordo y mudo, ¿lo entiendes? yo no quiero á mi lado gente curiosa.

—Perded cuidado: cuando es necesario sé ver, oír y callar.

—Que me place.

—Tiempo es ya de que os vayais entendiendo, observó el vizconde, cogiendo de las riendas á su caballo que á la sazón penetraba en poblado por entre una turba de gente del pueblo, que con hachas encendidas mostrábase impaciente de ver y aclamar á los tres reyes, los cuales seguidos de sus respectivas comitivas, daban fin á su jornada de aquel día en la antigua ciudad de Tarazona.

En medio de aquel bullicio y vocerío, del continuo repicar de campanas y del rumor de algunas músicas que se habian improvisado, cada rey se alojó en la mejor casa que pudo proporcionársele, y el resto de los expedicionarios, allí donde hubo ocasion y voluntad. Era bien entrada la noche y D. Lope se vió alojado en un tugurio infame donde apenas podia re-

moverse con su escudero y su page. Este último aprovechó entonces una ocasion tan propicia y rogó á su señor que le diese licencia por algunos dias para marchar á Zaragoza, pretestando tener que arreglar ciertos asuntos de familia. D. Lope se lo concedió de buen grado y D.^a Ana se retiró satisfecha de haber dado un gran paso en el camino de su venganza.

Dos horas despues ponía los pies en los umbrales de la casa del rey de Castilla.

Los vecinos de Tarazona se habian retirado á descansar á sus hogares y la poblacion yacía en un absoluto silencio. Los reyes tenían necesidad de descanso,

Todo el mundo, pues, dormia, excepto algunos soldados que estaban de centinela y dos mujeres que entregadas á sus profundos, aunque opuestos sentimientos, iban á verse reunidas dentro de pocos instantes.

Doña Ana se introdujo sin gran trabajo en la casa de que ya hemos hecho mencion, hallándose al fin delante de una puerta al través de la cual se escapaban algunos rayos de luz.

Doña Ana aplicó el oído y percibió clara y distintamente el acento de una mujer que suspiraba; entonces pareció decidirse y dió con la mano algunos golpes en aquella puerta.

La mujer que allí dentro se hallaba á la sazón, no era otra que la infanta Doña Isabel, hermana del rey D. Fernando IV de Castilla. En realidad no era una mujer; era un ángel de hermosura y de bondad, purificado en el crisol de sus padecimientos. Siendo niña, tan niña que apenas tenia conocimiento de lo que con ella se hacia, vióse obligada á contraer esponsales con el rey de Aragon D. Jaime II, y cuando le vió mas tarde y le quiso con toda su alma vióse rechazada por él, repudiada por razon de estado, que en vano procuraba comprender su razon, toda vez que su corazon enamorado la rechazaba.

Estaba la infanta reclinada sobre un sitial, teniendo delante de sí la imágen del Crucificado, á la cual dirigia sus preces con todo el posible recogimiento; mas no era este tanto que de vez en cuando su imaginacion dejase de trasportarse al mundo de dolores en que vivia. Despues de una larga y penosa ausencia habia tornado á ver al hombre por quien vivia muriendo, y este hombre, temido de reyes, dueño de una corona que llevaba con orgullo y que ella debia haber ceñido á medias, gozaba en brazos de otra mujer, á la cual rendía toda su benevolencia y todo su cariño.

Isabel envidiaba la suerte de aquella segunda esposa tan feliz como querida; pero tenia que disimular su quebranto y mostrarse en pú-

blico con la frente erguida y serena. Profesaba un amor profundo al hombre que se habia separado de ella, y sin embargo veíase precisada á devorar en silencio sus inquietudes y sus lágrimas.

Pobre Isabel! aquel dia sufrió mas que nunca al verse cerca de D. Jaime, que una vez le dirigió la palabra en tono deferente y ceremonioso. Así fué que cuando la gran comitiva de los tres monarcas llegó á Tarazona, la pobre jóven sintió su corazon menos deprimido viéndose alejada de todos en la mansion que le habia sido destinada. Las altas horas de la noche la habian sorprendido en inquieta y acongojada meditacion; pero al fin el sueño y el cansancio se iban apoderando de ella, cuando cayendo de rodillas delante de la imájen bendita dió comienzo á una contrita oracion en medio de algunos suspiros y sollozos, que el esceso de su pena le arrancaba de lo mas profundo del alma.

Entonces fué cuando llegó á sus oidos el rumor de algunos golpes dados suavemente en la puerta de su estancia. Sin saber por qué sintió un estremecimiento de terror que embargó momentáneamente sus fuerzas; mas al cabo hizo un esfuerzo y levantándose repentinamente pálida y resignada, como si nada tuviese que perder aunque perdiese la vida, preguntó con voz clara si bien un tanto temblorosa:

—Quién es? quién anda ahí?

—Abrid, contestó una voz de mujer, cuyo timbre no era enteramente desconocido para ella.

Una dueña de edad avanzada que estaba en compañía de Doña Isabel y que dormia reclinada en un sillón, se levantó como si la hubiesen movido con un resorte.

—Quién es, señora? preguntó con bastante inquietud.

—Abrid; contestó Doña Isabel.

—¿Sabeis quién pueda ser á horas semejantes? Ah! tened cuidado, señora; pensad que pudiera ser algun enemigo....

La infanta, impaciente cual nunca solia estarlo, hizo un ademán que indicaba su deseo de ser obedecida. La dueña no tuvo qué replicar y fué á descorrer el cerrojo.

—Entrad, dijo al cabo con tanto miedo como curiosidad.

La puerta se abrió dando paso á un osado pagecillo, que sin mas ni mas se adelantó hasta llegar cerca de Doña Isabel. Esta dió entonces un paso atrás llena de asombro, y la dueña quiso lanzar un grito; pero la persona recién llegada, que era tan lista como atrevida, pudo atajar á tiempo aquella exclamacion

colocando una de sus manos en los labios de la dueña. Entre tanto procuraba calmar con sus palabras la sorpresa de Doña Isabel.

Pocas necesitó pronunciar para conseguir el objeto que se proponia. La infanta reconoció al cabo en el pagecillo á su antigua amiga Doña Ana de Sobradriel y fué á pronunciar este nombre, pero el pagecillo puso su mano con tanta resolucion como antes en el rostro de la hermana del rey de Castilla, y significó su deseo de quedarse á solas con ella.

Cuando la dueña salia de la estancia en virtud de una formal intimacion que le hizo Doña Isabel, su asombro llegó á lo infinito.

—Raro es esto! decia; ¿quién será este rapazuelo que así se entra de rondón á semejantes horas y se queda con mi señora despues de andarnos, el muy libertino, con las manos en la cara? ¿Será que mi ama esté prendada de ese muchacho? Ciertó es que es hermoso y gentil como unas perlas; pero esto no es lo mas probable. Mejor me inclino á pensar que el rey de Aragon ha rectificado sus pareceres y querrá tentar el vado.... Fuego en los hombres y en la tonta que los crea!

Diciendo así salió refunfuñando, volviendo atrás la vista y proponiéndose escuchar, ó ver cuando menos cuanto allí aconteciera.

Pero la infanta se acercó á la puerta, echó de nuevo el cerrojo, y la vieja cada vez mas estupefacta tuvo que retirarse á pesar de su invencible curiosidad.

(Se continuará.)

LA PRINCESA DE CASTILLA.

I.

¿Por qué truenan los cañones
y las campanas repican
y enarbolan las banderas
y se engalana la villa?

¿Por qué el pueblo castellano
se conmueve y regocija
y al alcázar de sus reyes
dirige atento la vista?

Es que una blanca paloma
con un ramito de oliva
se ha posado en el alcázar
de los reyes de Castilla,
y ha mucho que nuestros ojos
entre las nubes sombrías
del horizonte buscaban
esa paloma bendita.
Inocente mensajera
de la concordia y la dicha
porque tanto suspiramos,
¡bien venida, bien venida!

II.

Vive, inocente paloma,
entre nosotros tranquila,
que las palomas no temen
al gabilan en Castilla;
que aquí los fuertes consagran
á los débiles su vida,
que aquí no echarás de menos
sombra, ni amor, ni caricias,
ni una madre que te ampare
debajo de sus alitas.
No te remotes al cielo,
que ya le dió las primicias
de su maternal regazo
la que á la tierra te envía.
En la ciudad, en la aldea,
en el monte, en la campiña,
en todas partes prorrumpen
en cánticos de alegría.
"Ya vemos, dicen, ya vemos
la mensajera bendita
que vuelve al arca flotante
con su ramito de oliva!
Paloma, blanca paloma,
¡bien venida, bien venida!"

ANTONIO DE TRUEBA.

CORRESPONDENCIA.

Sra. D^a E. C. de A.: *Mendigorría*.—El día 8 se le ha duplicado el número 44, correspondiente al primer domingo de Octubre.

Sra. D^a D. de S.: *Rincon de Olivedo*.—Queda tomada nota de su suscripción por tres meses desde 1^o de Octubre. Los números publicados se le han remitido el día 8.

Sr. Don M. A.: *Castellon de la Plana*.—Idem Idem el día 12.

Sra. D^a C. R.: *Ciudad Real*.—Queda V. suscrita por 3 meses, á contar desde 1^o del actual.

Sra. D^a P. de A.: *Bilbao*.—Id.

Srta. D^a E. M. H.: *Badajoz*.—Id.

Sra. D^a D. M. y S.: *Ravita*.—Por órden recibida en esta Administracion queda V. suscrita hasta fin de Enero de 1859.

Sra. D^a S. D. de Q.: *Sevilla*.—Queda V. suscrita por 6 meses desde 1^o del que rige. En caso de querer V. adquirir los números correspondientes á Agosto, Setiembre y Octubre, que á V. le faltan por haber estado interrumpida su suscripción, durante este espacio de tiempo, le avisamos que podemos disponer de ellos.

Sra. D^a M. V. y B.: *Mahon*.—Suscrita hasta fin de Diciembre.

Sra. D^a C. R.: *Utrera*.—La razon de no haber repartido el figurin de este mes se ha espuesto en el número 49, cuyo recibo avisa. Al contestar á V. en el número 48 no hemos tenido idea de hacer mencion de atraso alguno, porque este no existe.

Sr. Don M. de V.: *Chiclana*.—Se han recibido en sellos de franqueo el importe de su suscripción hasta fin de Abril de 1856. Los números de Setiembre y Octubre que pide en la suya del 9 se le han remitido el día 11: su importe 18 rvn.

Sra. D^a P. J. de A.: *Madrid*.—Queda variada la

direccion. Las iniciales que solicita se estamparán en el patron de Diciembre.

Sra. D^a E. B. de P.: *Sevilla*.—Queda V. suscrita hasta fin de Abril de 1859.

Sra. D^a M. F.: *Almería*.—Una equivocacion padecida por nuestro corresponsal de esa, Don A. C., ha sido causa de que no hayamos tenido noticia de la renovacion de su suscripción de V. hasta el día 11 del corriente, fecha en que se le han remitido los números publicados.

Sr. Don A. I.: *Bilbao*.—Suscrito hasta fin de Octubre de 1859. El primer número de este mes y las obras pedidas de regalo, se pusieron en correos el día 11.

Sra. D^a E. S.: *Ujijar*.—Id. Queda variada la direccion. El día 12 se le han duplicado los números que reclama.

Solucion del geroglífico anterior.

No envidies agena suerte, y camina por la senda del honor hasta la muerte.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1858.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de D. Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion, núm. 11.

